

## Nace la envidia: Enrique González Martínez y José Ángel Valente

Luis Vicente DE AGUINAGA  
Universidad de Guadalajara (México)

RESUMEN: Estéticamente disímiles, dos obras como *El poema de los siete pecados*, del mexicano Enrique González Martínez (1871-1952), y *Siete representaciones*, del español José Ángel Valente (1929-2000), pueden ser leídas en sintonía gracias a la coincidencia temática de sus contenidos —ambas constan de siete poemas, cada uno de los cuales aparece dedicado a uno de los pecados capitales— y al fondo moral que paulatinamente se revela en sus figuras, imágenes y referentes. Con este artículo se busca formular esa lectura.

PALABRAS CLAVE: González Martínez, Valente, Poesía española e hispanoamericana, Literatura comparada, Siete pecados capitales.

ABSTRACT: Since two dissimilar works like *El poema de los siete pecados*, by Mexican poet Enrique González Martínez (1871-1952), and *Siete representaciones*, by Spanish poet José Ángel Valente (1929-2000), are made of seven poems each, and whose particular subject matter are the seven deadly sins, both works can be compared to each other considering their thematic coincidence and the moral background revealed in their figures, images and allusions. The purpose of this article is to provide this specific comparison.

KEYWORDS: González Martínez, Valente, Latin American poetry, comparative literature, seven deadly sins.

E 'l buon maestro: "Questo cinghio sferza  
la colpa della invidia..."

PURGATORIO, XII, 37-38

En febrero de 1953, un poeta español de poco más de veinte años, nacido en Galicia pero avecindado en Madrid por motivos académicos, redactó para la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (núm. 38, 241-3) una breve y elogiosa reseña de *Confabulario*, libro de cuentos que "Un joven escritor de México" —así fue titulado el artículo— acababa de publicar en la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica. Ese poeta español, me apresuro a revelarlo, era José Ángel Valente, sin libros publicados en aquel entonces. El cuentista mexicano era, por supuesto, Juan José Arreola.

En el colofón de aquel primer *Confabulario* se indica esta fecha: 30 de agosto de 1952. Pocos meses antes, en febrero del mismo año, había muerto Enrique González Martínez, poeta de influencia mayor y extendida celebridad cuya sombra explica y, en cierta

forma, preside uno de los cuentos de Arreola: “El condenado”. Esta narración, que Valente dejó testimonio de haber leído, me ha llevado a pensar en semejanzas más bien obvias y puntos de contacto ya menos evidentes entre una bella serie de sonetos de González Martínez, “El poema de los siete pecados”, y un pequeño e intenso libro del autor gallego: *Siete representaciones*.

Me referiré primero al cuento de Arreola, que apareció en la edición príncipe de *Confabulario* (como he dicho) y consta de un par de breves páginas. Gracias al epígrafe se puede inferir que su narrador y protagonista, un poeta de medio pelo y suerte pésima, se refiere invariablemente a Enrique González Martínez cuando habla de su “enemigo”, de su “contrincante” y “adversario”<sup>1</sup>. Se trata de una frase autobiográfica, en verdad llamativa y sugerente, que Arreola extrajo del capítulo XVI del primer libro de memorias de González Martínez, *El hombre del búho*:

Durante varias semanas estuvieron llegando a mi casa revistas de provincia y diarios de México en que aparecieron sendos y largos artículos sobre mi fallecimiento<sup>2</sup>.

González Martínez remite a un hecho auténtico, por extraño que parezca en un principio: el considerable malentendido que se originó tras la muerte de un homónimo suyo, circunstancia que solo fue del conocimiento del poeta jalisciense por obra de la difusión de la “noticia” de su propio deceso. El protagonista del cuento de Arreola, por su parte, lee dicha noticia y reacciona con grandilocuencia, bosquejando “las tres primeras octavas” de un poema luctuoso que se titularía, según informa él mismo, *El elegido de los dioses*. “Al día siguiente”, rememora, “el poema en ciernes se me vino abajo, hueco de verdad”: el personaje que justificaría con su muerte la composición del poema, impulsando con ello la presumible fama del panegirista, no estaba muerto en realidad, y con los años el resentimiento del segundo no haría sino crecer ante la indiferencia del primero.

Como es bien sabido, el neologismo acuñado por Arreola para titular su segundo libro de prosas, *Confabulario*, le sirvió en diferentes y numerosas ocasiones para dar título a otros libros, al grado que no tiene la menor utilidad hablar del *Confabulario* de Juan José Arreola si al mismo tiempo no se da noticia de la edición a que se alude. Solo existe una regla en materia de “confabularios”: ninguna edición repite la de 1952, como no sea la de 2002, ya póstuma, cuyo valor editorial no estriba sino en la reproducción del primer *Confabulario* de una larga serie. Así las cosas, quiero referirme brevemente al *Confabulario* de 1966, que apareció en la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica y puede concebirse ahora, dado el orden de los textos y los títulos de los apartados, como el mayor antecedente de las *Obras de J. J. Arreola* que Joaquín Mortiz comenzó a publicar a partir de 1971: en el índice de aquel *Confabulario*, al cuento “El condenado” se le asigna la fecha de 1951.

El hecho de haber sido escrito en 1951 es crucial tratándose del cuento en que González Martínez aparece involucrado. El autor de *Los senderos ocultos* y *El romero alucina-*

<sup>1</sup> Juan José Arreola: *Confabulario* (edición conmemorativa). México: Fondo de Cultura Económica, col. Letras Mexicanas, 2002, 59-60.

<sup>2</sup> Citado por Juan José Arreola en *Confabulario*, op. cit., 59.

do, octogenario, vivía y trabajaba entonces con admirable vigor: había publicado su poema *Babel* dos años antes y, ese mismo año, el segundo tomo de sus memorias, *La apacible locura*. Se trata, pues, de un cuento, el de Arreola, que prácticamente requería y hasta exigía la supervivencia de González Martínez como garantía de verosimilitud.

Tras leer el epígrafe del cuento, explícitamente atribuido a González Martínez, queda bastante claro que ya el título mismo de la narración era un guiño al poeta y a los conocedores de su obra. “El condenado”, en efecto, es antes que nada el título de un poema de González Martínez que apareció por vez primera en *Ausencia y canto*, libro de 1937. En este poema de González Martínez, como en “El condenado” de Arreola, toma la palabra un poeta en los alrededores de la muerte (poco antes del fin, en González Martínez; absurdo inquilino de la gloria celestial, en Arreola) y se dispone a proyectar “el rollo” de su “cinta muda”, o sea de su memoria y su conciencia:

Yo soy aquel que un día  
pidió serenidad a las estrellas...  
¡Y aquí estoy, esperando todavía!  
[...]

Lancé mi pompa de jabón al ciego  
giro del aire, y la precoz ventisca  
rompió el cristal del irisado juego.  
[...]

Y me lancé al azar, de rima en rima,  
hasta que al fin la torre de mis sueños  
crujió en su base y se me vino encima.  
[...]

Busqué la gloria de mayor trofeo,  
y persiguió mi carne, hambrienta loba,  
al desbocado potro del deseo.  
[...]

Me erijo en propio juez, y me sentencio,  
réprobo y solo, a la mayor tortura:  
a no pedir perdón de mi locura  
y a morir en mazmorras de silencio<sup>3</sup>.

Intranquilo y soberbio, resuelto “a no pedir perdón” y “a morir” en el olvido, voluble y veleidoso y ávido, en fin, de una “serenidad” que ni siquiera la noche le confía, el Enrique González Martínez del poema citado en algo hace recordar al Rubén Darío del primero de los *Cantos de vida y esperanza*, entre otras cosas por el inicio de sus respectivos monólogos: “Yo soy aquel”, en ambos casos. La semejanza es elocuente por dos razones: en primer lugar, porque Darío en cierta forma es el poeta exquisito de las joyas, princesas y demás vanidades que, apiñadas en torno al símbolo del cisne, González Martínez habría presunta-

<sup>3</sup> Enrique González Martínez: “El condenado”. En *Tuércele el cuello al cisne y otros poemas*. edición de Jaime Torres Bodet, México: Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Educación Pública, col. Lecturas Mexicanas, 1984, 111-4.

mente superado a partir del más famoso de sus poemas; y, en segundo lugar, porque siempre hubo —y nunca fue ningún secreto— un Darío más profundo y austero con el que González Martínez, por así decirlo, está emparentado. Pienso en el Darío de poemas como “Lo fatal”, que resuena en poemas como este de González Martínez, penúltimo en la serie de siete sonetos a la que ya me referí páginas atrás, titulada “El poema de los siete pecados”:

Te envidia, blanca estrella que en el cenit prendida  
ostentas a mis ojos lumínica prestancia,  
y sabía en el silencio azul de la distancia,  
te asomas al profundo misterio de la vida.

Y a ti, piedra sin alma, que yaces escondida  
en húmeda caverna, inmóvil en tu estancia,  
ausente de ti misma, dichosa en la ignorancia  
de tu callar eterno, y en tu quietud dormida.

Estrella, tú que sabes la esencia de las cosas,  
y tú, callada piedra que unánime reposas,  
os libertáis del fiero castigo de la duda.

¡Por vuestro sino augusto trocara mi tormento  
de ser, en los vaivenes de un loco pensamiento,  
despavorida sombra frente a la esfinge muda!<sup>4</sup>

El nicaragüense, por su parte, se refiere, ya que no a una “piedra sin alma”, sí a una “piedra dura”, dichosa “porque [...] ya no siente”<sup>5</sup>. Darío no echa mano del verbo *envidiar* ni del sustantivo *envidia*, pero es notorio que su poema es la expresión de un “dolor”, una “pesadumbre”, un “temor”, un “terror” y un “espanto” que vulneran al sujeto al punto de hacerlo envidiar al árbol (“que es apenas sensitivo”) y a la piedra. En este contexto, se diría que los conflictos morales planteados por González Martínez, comparados con la radical desazón rubeniana, incluso pecarían de cierto esquematismo didáctico: equilibrado hasta en sus peores impulsos, el poeta envidia lo mismo a la estrella, por sabía, que a la piedra, por ignorante.

Así pues, el diálogo necesario entre dos poetas, Darío y González Martínez, encuentra una especie de respuesta irónica en el desencuentro de otros dos en el cuento de Arreola: González Martínez y el anónimo protagonista y narrador. Ello refuerza, en mi opinión, cierta lectura intertextual, a saber: que Arreola, en “El condenado”, tenía muy presente su lectura se “Cecco Angiolieri, poeta rencoroso”, una de las *Vidas imaginarias* de su admirado Marcel Schwob. El sienés Cecco, un contemporáneo estricto de Dante Alighieri, adopta desde niño, en el cuento de Schwob, la peculiar misión de odiar, menospreciar y envidiar “a

<sup>4</sup> Enrique González Martínez: *La palabra del viento*. México: Ediciones México Moderno, Biblioteca de Autores Mexicanos Modernos, 1921, 127-8.

<sup>5</sup> Rubén Darío, *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*. Estudio preliminar de Enrique Anderson Imbert. Edición de Ernesto Mejía Sánchez. México: Fondo de Cultura Económica, col. Biblioteca Americana, 1ª reimp., 1984, 305.

los grandes”, comenzando por su propio padre hasta desembocar en su ilustre compañero de generación, quien a su vez lo ignoró toda su vida<sup>6</sup>.

Conociendo, así sea nada más en esbozo, la historia de Cecco y la proyección de su estructura y significado en el cuento de Arreola, resulta más fácil comprender los dos o tres renglones en que José Ángel Valente se refiriera específicamente a esta narración en particular, “El condenado”. En palabras de Valente, los “ojos agudos, observadores, casi crueles” de Arreola van “desnudando las cosas, el hombre, hasta ese extremo en que su caricaturesco desnudo nos hace sonreír de pena”. De pena y compasión, cabría decir, en la medida que Valente se compadece de cuatro personajes de *Confabulario* en forma directa, y uno de los cuatro es el poeta que pretendía compararse con González Martínez:

Pobre poeta el de “El condenado”, vencido, fracasado, negado, sin embargo, por toda la eternidad: la gloria de un poeta rival, mientras ángeles implacables le muestran cada mañana enemigos poemas<sup>7</sup>.

Pobre poeta, conviene añadir, porque, si bien ya tiene un bosquejo de “las tres primeras octavas” de su poema, tan grandioso como imposible, no puede llevarlo más allá. Y no solo porque su eventual objeto de homenaje no ha muerto aún, “condición indispensable” para la existencia de la oda luctuosa, sino también porque las letras del nombre de su enemigo (siete letras del nombre de pila, *Enrique*, anteceditas por la preposición *A*; ocho letras del primer apellido, *González*, y ocho más del segundo, *Martínez*) alcanzan únicamente para elaborar un acróstico de tres octavas. Esta última circunstancia, del orden de las letras tanto como de los números, no es enunciada en el cuento de Arreola: se insinúa, cuando mucho, a través de la recurrencia temática de las estrofas y las composiciones acrósticas, puesto que se alude a estrofas y acrósticos en todo el relato, y este por su parte contiene, desde su comienzo, el nombre completo de González Martínez.

Cuarenta y seis años después de que González Martínez publicara “El poema de los siete pecados” en *La palabra del viento*, y quince después de que apareciera el primer *Confabulario* de Arreola, fue impreso en Barcelona un libro de Valente: *Siete representaciones*. El número siete del título coincide con el siete de González Martínez por obvios motivos: ambas obras remiten a los pecados capitales de la Edad Media cristiana. Los vacíos, las caídas, la carcoma y, en síntesis, el reverso de lo conocido, la retirada o ausencia del amor, son los territorios nocionales —asombrosos y hasta inimaginables muchas veces— en que, según Valente, “nace la envidia”:

De la caída de la tarde,  
de lo que se desliza ya desde la noche  
y solapado alarga su sombra por los muros

<sup>6</sup> Marcel Schwob: *Vidas imaginarias. La cruzada de los niños*. prólogo de José Emilio Pacheco. traducciones de Rafael Cabrera y José Emilio Pacheco, México: Porrúa, col. “Sepan cuantos...”, 1991, 53-6.

<sup>7</sup> José Ángel Valente, “Un joven escritor de México”, en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 376, abril de 2002, IV. (Esta reseña de Valente fue publicada en 1953 en *Cuadernos Hispanoamericanos*, como ya señalé. Tatiana Aguilar-Álvarez Bay la rescató para el número 376 de *La Gaceta* y Claudio Rodríguez Fer le ha reservado un sitio entre los *Ensayos completos* del poeta orensano, recientemente publicados).

como amarilla hiedra,  
nace la envidia.  
[...]

Como animal de lenta procedencia,  
como ceniza o sierpe y humo pálido,  
amarilla y opaca, fiel reflejo  
de lo arriba radiante,  
nace la envidia.  
[...]

Nace como la noche  
de inagotable ausencia,  
de muros arañados,  
de vacíos espacios,  
perpetua y giratoria,  
sobre el rastro lunar del que más ama<sup>8</sup>.

El imaginario del poema de Valente, primera *representación* del conjunto que informa el citado volumen, es evidentemente cosmológico y hasta climatológico. De “la caída de la tarde” a “la noche”, de “lo arriba radiante” a la “sombra” que se “alarga” o va extendiéndose “como amarilla hiedra”, de los “vacíos espacios” a la envidia misma, “perpetua y giratoria”, semejante a un astro parasitario del “rastro lunar” ajeno, el texto parece trazar un mapa estelar como los que se pueden admirar en ciertos libros de horas de la Europa medieval y renacentista (como, por ejemplo, el de *Las muy ricas horas del duque de Berry*, en algunas de cuyas páginas el cuerpo humano es comparado, en tanto imagen, con la bóveda celeste, ordenada esta en función de los emblemas del zodiaco). Tales mapas y libros, a decir verdad, no están lejos —en lo iconológico— de los frescos de Giotto en la capilla Scrovegni o *Los pecados capitales* del Bosco, con sus violentas figuraciones lenguaraces de la envidia.

Un verso y medio de Valente, por lo demás, explota la vieja relación cultural de la envidia con Leviatán, demonio tradicionalmente concebido en forma de serpiente marina: “Como animal de lenta procedencia, / como ceniza o sierpe”. Reflejo inverso de las criaturas divinas, la serpiente de la envidia es representada en pinturas y grabados con el hocico abierto y la lengua enhiesta, y diferentes idiomas reservan idéntico significado a expresiones como “lenguas viperinas”, *langue de vipère* o *língua viperina*, esto es: lenguas envidiosas, como en la balada de François Villon. Vale la pena reflexionar, en este sentido, a propósito del “silencio azul” de la estrella y del “callar eterno” de la piedra en el soneto de González Martínez: envidioso del silencio, el poeta se concibe a sí mismo como un ser de palabra, incluso parlanchín, que hace mal uso de la lengua, como la víbora que simboliza el pecado en que incurre.

La palabra *yo* condensa, desde mi perspectiva, las principales diferencias entre los poemas de González Martínez y Valente: mientras el mexicano dice confesar un vicio pro-

<sup>8</sup> José Ángel Valente, *Punto cero. Poesía, 1953-1979*. Barcelona: Seix Barral, col. Biblioteca Breve, 1980, 239-41. (La edición original de *Siete representaciones* fue publicada por El Bardo en 1967).

pio, el español apunta en dirección de un monstruo naciente y objetivo; mientras uno se vale de su confesión para lamentar “el fiero castigo de la duda”, el otro se retrae como individuo y rinde una suerte de testimonio alucinado, sin llanto ni celebración. El crítico Miguel García Posada, en 1979, resaltó en la poesía de Valente cuatro características: “vigor verbal, potencia imaginativa, capacidad de sarcasmo y tono profético”<sup>9</sup>. Sin saberlo, García Posada estaba ofreciendo una especie de negativo fotográfico del estilo de González Martínez, que los críticos han limitado por lo regular a la palabra moderada y la templanza moral.

En todo caso, ni el epicúreo González Martínez ni el severo Valente se inclinan por la fustigación humorística de la envidia, típica en el epigrama latino y en abundantes moralistas e ilustrados. El “sino augusto” de la piedra y la estrella, según lo califica González Martínez, parece también atraer a Valente. Ambos poetas, en el fondo, presentan con vestiduras de observación ética una disyuntiva estética: desatar la palabra, o sea la lengua, como la serpiente de la envidia, por una parte, o escuchar callando y sólo hablar en sintonía con la justicia, por la otra.

Repaso, para concluir, “El condenado” de Juan José Arreola. Su protagonista, en el último párrafo, se refiere al “modesto ataúd” en que descansan sus propios restos: “La humedad, la carcoma y la envidia lo destruyen”<sup>10</sup>, afirma. La enumeración es elocuente: la envidia, de orden moral, parece no pertenecer al mismo universo que la humedad y la carcoma, de orden físico, pero es en verdad incontenible y corrosiva, y su realidad conviene a cierta clase de pesimismo materialista que poetas como Valente y González Martínez, e incluso Rubén Darío, han asentado en sus poemas.

---

<sup>9</sup> Miguel García Posada: introducción a *Cuarenta años de poesía española. Antología, 1939-1979*, Madrid: Cíncel / Kapelusz, col. Grandes Obras de la Literatura Universal, 1979, 30.

<sup>10</sup> Juan José Arreola: *Confabulario*, op. cit., 60. (En la disposición de las *Obras de J. J. Arreola* de la editorial Joaquín Mortiz, “El condenado” salió de *Confabulario* y pasó a formar parte de *Prosodia*, penúltima sección de *Bestiario*).